

# Crónica Universitaria

## EN EL VIGESIMO OCTAVO ANIVERSARIO DE LA U.P.B.

### LA UNIVERSIDAD, VIDA CATOLICA

*Por Carlos Betancur Arias*

Tengo nuevamente el grato deber de ocupar esta cátedra de doctrina y de verdad para afianzar, hasta donde ello sea posible, en la conciencia de nuestro pueblo, la real vigencia de la U.P.B. Desde hace veintiocho años, irradia en el ambiente de la cultura nacional, esta magnífica universidad. Cada vez con más firmeza, se siente su realidad viviente y se gozan los beneficios que procura.

La Universidad, la clásica universitas, es alma indiscutible de los pueblos: sobre el fundamento de la universidad, se ha sustentado la organización de las naciones, y su influencia se extiende por edades. La Universidad es, por eso, una creación necesaria para la formación de las gentes, y por ende de las sociedades civiles, con influencia en ellas, desde la natural de la familia, hasta la perfecta de la Iglesia y el Estado. Borremos por un instante del mundo la Universidad, y se producirá el caos.

En la Universidad está el fundamento de la estabilidad social. La familia tiene en ella su más firme garantía, pues sus principios dotan la persona de los elementos necesarios para bien formarla. Y es que la universidad no está destinada, de manera inmediata, a ilustrar sobre las simples ideas de las concepciones puras, mixtas o complejas, sino a formar la persona con fines al servicio social. La universidad tiene una norma directriz que influye en la vida de los hombres. De ella dependen las demás organizaciones sociales, como de la savia que fecunda el tronco, depende la frondosidad del árbol, y su propia fecundidad, traducida en frutos. Las organizaciones administrativas y jurídicas de los pueblos, no serían posibles sin la universidad; no podría darse el desarrollo industrial, y por ende el económico, de los grupos, sin la universidad que les prepara los técnicos; no puede concebirse la prosperidad moral de las naciones, si los hombres no tienen fundamentos éticos, que la universidad procura. Por eso la universidad irradia, es fanal de donde dimana la verdad y el bien en profusión admirable. La sabiduría es toque de verdad y la ética es trasunto de la misma bondad. Ambas, verdad y bondad, son atributos trascendentales del ser, que nos indican, por vía recta, con dirección inmediata, a Dios en el centro de los acontecimientos de la historia individual, formando el sentido religioso de pueblos y de edades.

Lo dicho no es una vana lucubración. **Es una realidad absoluta.** Lo real se impone a la mente, con la evidencia de lo que, por intermedio de los sentidos o de la inteligencia, no admite variación alguna; porque o conocemos esa realidad tal cual es, o no la conocemos: en el primer caso, poseemos la verdad, y en el segundo nos apartamos de ella; en el primer caso estamos iluminados por sus rayos, y en el segundo, caminamos en tinieblas.

No hay beneficio superior para un pueblo que la universidad. Y qué es la universidad? Podría decirse que es el centro en donde se adoctrina y se forma la persona para que oriente y dirija la sociedad. Mejor todavía al contrario: en donde se forma y se adoctrina. Porque en la prelación de los valores humanos, primero es la bondad que la sabiduría, o mejor, la bondad implica la más alta dotación de sabiduría, por donde podríamos decir que hay un gran valor humano, que los comprende todos y que es su centro, que es su núcleo, que se llama bondad.

Podría afirmarse también que es la escuela en donde reciben formación e instrucción los hombres que han de influir en el destino de las sociedades. Está bien en términos generales; pero ésta es apenas concepción antigua de lo que es y significa la universidad. Si los antiguos creyeron que la universidad era escuela simplemente, no hay duda de que erraron: la universidad tiene que ser algo más, sobre todo en nuestros tiempos.

Quizás, en otra forma, podría argüirse que la universidad es una idea que trasciende y que ilumina el ambiente; que es una idea que, como zumo nutritivo, aviva la conciencia ciudadana, enciende en ella la luz y orienta sus caminos. Bien está pensar que la universidad es una idea; pero no está bien pensar que es sólo una idea, puesto que si es cierto que las ideas nutren la vida de la cultura, también lo es que las operaciones de los hombres, que en ellas se fundamentan, trazan el destino de los pueblos, y obedecen a principios complejos.

También podría apuntarse que la universidad es un sentimiento: que en medio de las edades y de los pueblos que tienen afanes de cultura —tomando cultura por perfección—, levantan en su medio una universidad, como un gran sentimiento colectivo, como la suma de todos los sentimientos de los hombres de una época y un medio; que las universidades han surgido por cuanto los sentimientos caldeados por determinadas ideas, así lo han impuesto. Que el sentimiento es la fuente de las grandes realizaciones humanas; que el sentimiento, que es producto volitivo de la existencia, es el gran dinamismo de donde proviene la fuerza y la luz de los pueblos. Que no hay, en síntesis, dinámica social, sin sentimiento. Y que así como el fluido eléctrico, en física, es producto, no del agua que mueve la máquina, sino de la máquina misma movida por el agua, la idea es la causa motriz, como el agua, pero el sentimiento es el dinamismo de donde proviene la energía y la luz. Que el sentimiento es humano y que es don de Dios, tanto más precioso, cuanto que para que tenga vigencia, el mismo Creador hizo la idea para moverlo.

Así expuestos, estos principios, destruirían la inteligencia que es el don superior que Dios nos ha dado, que es el lugar en donde diariamente se ilumina en nosotros su existencia. La inteligencia está sobre el sentimiento, y éste es como la flor de aquel árbol, pero ni siquiera su fruto. La universidad no puede ser un sentimiento, no puede obedecer, sin arrastrarse, a intereses simplemente movidos por las pasiones de los hombres, y mucho menos por pasiones innobles. La universidad no es una idea, pero mucho menos es un sentimiento.

Y entonces, podemos preguntarnos, qué es la universidad? Quizá podríamos contestar, de manera rotunda y veraz, que la universidad es una vida. Una vida, un complejo dinámico de los pueblos; una vida, que encierra ansias de progreso, necesidad de crecimiento, afán de reproducción: una vivencia superior a todas las biológicas concepciones de la creación; una vida que tiene inmanencia, una vida que se extiende y se derrama por las sociedades; una vida que nutre las edades y fortalece las naciones; una vida en donde siempre alienta el más allá, el afán de superación, el constante discurrir por los caminos del bien y de la verdad. Una vida que encierra el mismo destino de los pueblos; una vida que es razón de la existencia de las sociedades todas y que constituye su propia alma.

Esto es la universidad. Y si nos referimos específicamente a la Pontificia Bolivariana, tendremos que agregarle otros adjetivos, tener en cuenta otros motivos que brillan su escudo y hacen más alto el honor de tenerla en nuestro medio. Es una universidad puesta por la Iglesia de Cristo en este centro, para que irradie y para que ilumine; no puede darse el sentido de esta universidad oculto dentro de sus propios marcos, encerrado dentro de sus propios niveles, cuando es institución de la Iglesia católica: no podría ser católica, sin significar universalidad; universalidad en sus principios, por cuanto ellos no son de ahora, sino de siempre; no son para esta época, sino para todos los tiempos pasados, presentes y futuros; universalidad que significa inmanencia; acto puro de irradiación divina que no tiene tiempo ni espacio; mejor, que no está sometido al tiempo ni al espacio; universalidad, a fuer de católica, que traduce para la sociedad, no propiamente para una sociedad, el sentido de ser fundamento del hombre en el tiempo, para prepararlo en este término, como ciudadano de la eternidad. Vida católica; vivencia de todos, para todos y por todos, en todos los tiempos. Comprensión del destino total de la humanidad, que tuvo principio en un día y que tiene vivencia permanente. Razón del destino primordial del hombre, y garantía de su destino viviente futuro.

La Iglesia es la prolongación y permanencia de Cristo en nuestro medio. La Iglesia católica recoge así el sentido completo del Cuerpo Místico de Cristo, del que nosotros formamos parte. Porque no somos simplemente sus criaturas, sino que tenemos filiación divina; y no sólo somos hijos de Dios, sino que somos injertos en Dios, somos parte suya. Si la Universidad Pontificia Católica Bolivariana, es parte de la Iglesia, —es institución suya— es aliento permanente de sus principios, es centro en donde el hombre tiene que encontrar la razón de su vivencia constante. Y si el hombre que está en ella así debe sentir su influencia, la sociedad que la comprenda participa de esta misma concepción vital de su destino. Porque la universidad no debe concebirse, en la forma ya explicada, como un centro docente; no debe entenderse como una mera idea; menos aún como un sentimiento; es una vivencia de realidad actuante entre nosotros, para el beneficio, no sólo de quienes estamos cobijados por sus techos y que respiramos el aire de sus aulas, sino de toda la sociedad que es la beneficiaria de sus frutos. Hay un tremendo afán en el hortelano cuando cultiva su huerto; hay una esperanza permanente en sus tareas; hay una constante preocupación por el riego y por sentir sobre sus cosechas el sol de Dios que las madure y las sature de vitaminas constantes. Pero al fin y a la postre, el usufructuario final de ese esfuerzo es la sociedad, que se nutre de esos frutos, que se alimenta de esas cosechas amasadas con afán, saturadas con lloro, regadas por la lluvia del Señor. Pero la sociedad que así se beneficia, debe pagar, es decir, hacer participante al hortelano, de los frutos que el trabajo social que a cada uno corresponde, le reporta. La sociedad

económica está encadenada en tal forma, que todo beneficio personal, significa el esfuerzo conjunto, ordenado, de muchas otras personas. Vivimos de la sociedad. La universidad no significa beneficio particular de unas pocas personas; la universidad es un beneficio común, sin restricciones, sin cercenamiento, para toda la sociedad, sin fronteras. La universidad irradia por intermedio de las personas que en ella laboran; a través de los alumnos que en ella se preparan para el servicio social; por la luz de quienes la ayudan y sostienen en nombre del Señor; por todas las personas, entidades y grupos que de ella se benefician. La universidad es patrimonio precioso de la sociedad entera, y la sociedad debe rodearla, en tal forma, que se eleve en su centro, como ánima de sus afanes y signo formal de sus creencias y principios: de su esperanza y de su fé.

A quienes el Señor ha encomendado de manera directa el trabajo universitario, se les debe ayudar, se les debe rodear, se les debe estimular. La ayuda y la cooperación social se hace necesaria en estas obras grandiosas que son principio de las demás, y puede darse con la impetración constante por el éxito de su gestión direccional, pues sabemos bien, que si El Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen; se les debe brindar el apoyo material en los casos requeridos. Se les debe rodear de comprensión y de aliento, se les debe hacer sentir que no están solos, que cuentan con la compañía constante de quienes deben servir de aliento en sus desmayos, a fuer de humanos; de compañía en sus momentos desolados, para comprender que la obra no es de hombres, sino de Dios; de luz en sus momentos oscuros, para significar que la claridad de la inteligencia en la comprensión de las verdades de la creación, no es del sol, sino de la más alta forma de creación; de gratitud y de cariño, para sentirnos todos humanos, hermanos en un solo afán y en el nombre de un mismo Padre. Se les debe estimular, para que no desfallezca la condición frágil del barro que es parte integrante de lo humano; para tener la aprobación de su esfuerzo y recibir nuevos alientos para la continuidad de la labor que la misma sociedad les ha encomendado.

Señores: la Universidad Pontificia Bolivariana cumple 28 años de continuos esfuerzos, de callados sufrimientos, de constante labor en beneficio de la sociedad entera. La universidad tiene angustias, que son las angustias de quienes de sol a sol soportamos la siempre nueva modalidad de la juventud necesitada y sitibunda de formación integral. No se puede dudar, por cuanto las realidades son incontrovertibles, que de lo que fue hace 28 años, queda la semilla en su propia raíz, pero que ha crecido, como el árbol bíblico, y ha dado y sigue dando frutos zazonados de verdadera vida. Si las realizaciones se miden por datos estadísticos, hay diferencia entre setenta alumnos de ayer, y cinco mil del presente; hay diferencia de un núcleo denonado y heróico de profesores, al cuerpo crecido de la actualidad; hay frutos en la sociedad que se está nutriendo de ellos; hay diferencia entre una facultad primera y más de doce del presente, con anexos de varios institutos técnicos de formación intermedia y beneficio social, de enseñanza secundaria y de preparación inicial en las vocales ingenuas. Hay diferencia entre aquella universidad conocida en ese entonces en nuestro medio ciudadano, y la actual, con resonancias vivas en el mundo entero. Hay diferencia entre la idea fecunda que brotó, como un hilo de agua, en la mente iluminada de los fundadores, y el riego que es la fundación canónica, y entre ésta, y el acogimiento universal que Pedro permanentemente le ha dado para tenerla como una de las más grandes y altas realizaciones de la Iglesia universal. Y la honra no es para la universidad en sí, ni para sus gestores iniciales, ni para los profesores

de ahora; ni para el primer rector, con alma de caudillo, fundida en los más altos hornos del carácter; ni para el segundo rector que es el actual, que ha quemado su vida entera, con humana y sobrehumana decisión, en el riego y mantenimiento constante de la fundación. La honra es para la sociedad, no ya de Antioquia, ni de Colombia, sino para la sociedad sin fronteras que se extiende por los ilimitados confines de la vida cultural.

Estamos en una semana de recordación; no es una semana mendicante; es una semana de reflexión sobre lo que significa esta obra para Antioquia y para Colombia, en relación con el mundo. Diga Ud., oyente sufrido de esta deshilvanada disquisición, qué ha hecho por la Universidad, y qué puede hacer por ella: y cuando encuentre la respuesta en el íntimo clamor de su conciencia, obre en consecuencia.

---

## UNIVERSIDAD Y TRABAJO

*Por Ignacio Mejía Velásquez*

Me han sido deparadas dos oportunidades que me llenan de orgullo y de honrosos recuerdos: haber intervenido en la incorporación de la Escuela de Servicio Social a la Universidad Pontificia Bolivariana, y recibir de ésta el encargo de hacer la entrega solemne del edificio levantado para la hoy Facultad, por esta Universidad que al prohijarla llegó a amarla como la más querida de sus hijas, porque halló en ella una plena identificación con los ideales que hace veintiocho años hicieron del impulso generoso y de la inspiración feliz del glorioso haz de fundadores, el principio de esta espléndida catedral de la cultura en que se ha tornado el genial brote de aquel equipo de almas que se rebeló contra la decadencia del ideal de religión y patria que amenazaba a las generaciones de entonces.

Esta facultad, que apenas principiante ha proyectado ya su influjo bienhechor sobre múltiples campos de nuestra sociedad creando un nuevo clima de relación en el trabajo y una moderna conciencia sobre la asistencia social, tiene al irradiar plena correspondencia en nuestra Universidad. Por eso la Bolivariana se goza en su hija y la hace corona de sus festejos aniversarios y la facultad en su Universidad plasma su honor.

Pocas profesiones cumplen, como la de los trabajadores sociales, una misión más amplia, fresca, avanzada, humana y, por ello, católica y bolivariana. En un mundo empeñado en la progresiva deshumanización del hombre, en el que la sociedad se mueve entre dos monstruos en pugna: un comunismo internacional y materialista y un capitalismo no menos materialista e internacional, y en el que como en una inmensa telaraña el hombre se va enredando en una vida de cansancio, hastío y frustración, pero en el que, sobre todo, los mayores núcleos se subsumen en la diaria rutina de producir riqueza mientras subproducen traumas humanos, conflictos familiares, desadaptación comunal y desorden social, ante dirigentes que cada vez más perplejos e incapaces apenas registran los desarrollos de esta calamidad u optan por explotarla por todo género de trucos demagógicos; en un mundo así desequilibrado, los trabajadores sociales han emprendido su pródigo ejercicio restañando las heridas de una humanidad extenuada y descubriendo en el fondo de la miseria, en el hacinamiento de las viviendas obreras, en la irresponsabilidad desarrapada del niño antisocial, en el resentimiento

del delincuente que solo en la reincidencia encuentra un modo de vida, en la angustia desvergonzada de la mujerzuela, no importa qué haya querido deshacer de sí mismo un hombre o qué hayan deshecho de él sus semejantes, que se conserva un destello de dignidad mientras aliente su condición humana que es el hábito divino que les imprimió el Creador. Para ellos, como para Ortega y Gasset, emparejada la vida más doliente y sórdida con la piedra más perfecta, se nota al punto la superior dignidad de aquélla.

El trabajador social empieza por entender al hombre en su ser, en sus manifestaciones vitales, en su lacerada realidad social. Conoce que escondidos en los rincones del hogar de los cónyuges en discordia existen sutiles, recónditos sentimientos que son pequeños motores de grandes tragedias o propicios aunque disimulados resortes para restaurar la unidad quebrantada. Y saben que el divorcio que es fruto de sentimientos egoístas o de incultura, o de incomprensión e intolerancia de seres que giran demasiado alrededor de sí mismos, muy poco en torno de su familia y de su sociedad y nada acerca de Dios, devora el futuro de los hijos so pretexto de recobrar la felicidad de dos seres que al perpetuarse perdieron su derecho a guardarla para sí porque se obligaron a lograrla en su progeñe.

Cuántas veces los trabajadores sociales han hallado en la raíz del decaimiento laboral de un trabajador una al parecer insignificante necesidad familiar insatisfecha y han puesto entre los vidrios a punto de romperse la mota de algodón que salva las relaciones con solo un prudente tratamiento de humanidad, de cristianismo y, por ende, de caridad. Y lo que es más importante aún, han venido enseñando a los empresarios que el más potente factor de producción es la comprensión de los valores que cada trabajador encarna, de sus vivencias, de sus anhelos y de su situación ambiental. Ignorantes de las maravillosas riquezas del espíritu, por mucho tiempo los patronos se propusieron aprovechar el músculo del hombre solamente. Los trabajadores sociales, como ejecutores profesionales de la doctrina de la Iglesia, han hallado que la suma de la energía espiritual a la capacidad física multiplica las posibilidades laborales, sociales, políticas y religiosas del ser humano.

Escribió un autor italiano que la despersonalización del hombre, la renuncia a sí mismo, ha puesto al hombre total en discusión y que la sociedad lo devora, lo digiere y lo expele como más cómodo le resulta, porque se ha olvidado que el trabajo no solo tiene carácter económico, sino que es obra moral de un sujeto moral y que de otro modo solo es fatiga física y no ya trabajo humano. El suceder del trabajo es como si la sociedad estuviera empeñada en descargar el pecado original sobre los asalariados que entregan su vida, su descanso, su alegría y su esperanza a la fatiga de su diaria faena, y en liberar de sus consecuencias a quienes aprovechando el esfuerzo de los demás convierten en ocioso y halagüeño su existir. Bien está el dolor del trabajo como holocausto al Creador servido por todas sus criaturas, que ni herencia, ni fortuna, ni egoísmo justifican su exención. "El hombre es imagen de Dios porque es espíritu, porque transforma y eleva a la altura de su humanidad espiritual toda la tierra a través del trabajo que es, como definiera Santo Tomás, actividad del yo espiritual. Y toda labor es noble si el hombre sabe hacerla tal elevándola a valor espiritual y a expresión de lo que él es a través de lo que él hace. Explotar el trabajo por ávida especulación y afán desmedido de ganar es ofender lo divino en el hombre, es ofender al mismo Dios ofendiendo a su criatura" (Federico Sciaca).

Pretendemos a menudo que seres que no han podido adquirir la paz de un hogar, su propia paz, porque carecen de los primeros elementos de todo lo que conduce a ella, su tranquilidad y su confianza, su salud, salario suficiente, educación, techo, aseguren la paz de los que se la niegan. La misma adhesión al cristianismo no es siempre una fe en su doctrina, una rebeldía contra la deshumanización del hombre, una convivencia pero a la vez una disposición de lucha por sus superiores ideales. Ha venido penetrando una disolvente y acomodaticia noción del cristianismo, decadente y aburguesada como la denunciara Berdiaev, idea que empieza por olvidar que el cristianismo no se marca tanto en las rodillas como en el corazón, ni se encierra en las carteras sino en la inteligencia y en la voluntad. "El cristianismo en su esencia (cosa que los católicos no deben olvidar jamás, como tampoco los no católicos que hoy, por miedo a que el comunismo arruine sus intereses, quieren apoyar a la Iglesia, a la que quizás odian en su corazón) no es una institución protectora de viejas estructuras sociales porque es revolución del espíritu, disolvente como tal de los egoísmos y del conservadurismo entendido en el sentido peyorativo de mantenimiento y defensa de los privilegios de una clase, cualquiera que sea. Por eso mismo no puede estar al servicio ni siquiera de los intereses del proletariado, si ello significa dictadura del pueblo o simplemente lucha de egoísmos entre las diversas clases y de consecución de una mejor condición vital como fin único del hombre" escribió un pensador europeo. Y tampoco puede ser la fría e impasible contemplación del fermento de desintegración que se nutre en la sórdida lucha de una economía ajena al bien común y de la explosión de miseria que está caracterizando el crecimiento de los pueblos. El ideal ético no puede contentarse con ser él correctísimo sino que es preciso que acierte a excitar nuestra impetuosidad hacia el bien, hacia la justicia, la verdad y la belleza y nuestra reacción ante lo que las contraría.

En estos claustros aparece sublimado el ideal de forjar por medio de una cultura vital una Colombia trabajadora y creyente. La U.P.B. ha venido siendo fiel a las metas que se trazó en su nacimiento. No solo porque muchos profesionales son testimonio brillante en las altas posiciones, de su fertilidad, sino porque quienes salidos de ella en ella no siguen siendo y no imprimen a su tarea un indefectible perfil espiritual, moral y patriótico, traicionan el espíritu bolivariano que aquí respiran como elán de su misión en la sociedad. El espíritu bolivariano es más que un afirmado cultural, una noble pasión puesta al servicio de un augusto ideal, es una temperatura intelectual, un modo de ser y parecer, una erigida actitud ante la vida. Ser bolivariano no significa abrirse campos burocráticos o abundantes posibilidades pecuniarias, sino aprestarse a la lucha por el imperio de la cristiandad que es el de la justicia, la verdad y el orden. Ser bolivariano es tener fe, fe en sí mismo, fe en su universidad, en su patria, en su Iglesia, fe en Dios. La Bolivariana imprime en sus profesionales un peculiar matiz, una fraternal emoción, una solidaridad en Cristo y en Bolívar.

Mirando esta nueva realización de la Universidad nos persuadimos de que lo que la hace más grande no es la portentosa tarea que ha cumplido sino la ponderosa misión que se ha impuesto. La Bolivariana tiene derecho a la grandeza porque asumió el deber de la grandeza. Y el bolivariano lleva en su Universidad el estremecimiento de un pasado admirable que lo obliga a un porvenir glorioso.

Y aquí, recibiendo de su Ilustre Rector y de sus directores el ímpetu de progreso, marca una nueva etapa este servicio social que ha hecho del bien una profesión como que es su conciencia facultad propia de esta Facultad y han instituido de la caridad cristiana una ciencia, una mística y una técnica.

## *Crónica Universitaria*

A usted, ausente ahora pero presente siempre, señorita María Luisa Arguinzonis, inteligente y dulce, dinámica y cordial, suave como un pensamiento de San Francisco, insospechablemente firme por su poderosa vida interior que apenas aflora a su frágil arquitectura humana, sonriente hasta en su aflicción, creadora y prudente, que creyó en el Servicio Social y creyó en la Universidad y fue nervio y es inspiración de esta excelsa concreción educativa que es la Facultad, a Ud. "Mana Luisa" y en Ud. a quienes, fruto suyo, siguen su obra; y entre ellas a ese ejemplo de señorío, responsabilidad, sensibilidad social y capacidad directiva que es Stella Jaramillo, a todas las que han adobado esta magnífica realidad, entrego en nombre de la Universidad este edificio. Ustedes saben darle cabal contenido cultural e impregnar la Facultad del espíritu pontificio y bolivariano.

---

### LA FACULTAD DE SERVICIO SOCIAL

*Por Stella Jaramillo Quijano*

Celebramos hoy la culminación de una aspiración que siempre deseamos ver convertida en realidad. Recibir este edificio que será en adelante nuestro centro permanente de formación profesional, despierta en las directivas, profesores, alumnos, trabajadores sociales y toda la Universidad sentimientos de seguridad, de estímulo al progreso y de profunda agradecimiento a Dios que ha sido pródigo al concedernos este beneficio.

Agradecimiento al Ilustrísimo Señor Rector, Monseñor Félix Henao Botero, quien con voluntad férrea, optimismo y amor por la Universidad, hizo realidad lo que concibió su mente ecuménica, salvando dificultades múltiples que le sirvieron de acicate a su temperamento luchador y confiado en la Providencia.

Agradecimiento a las Directivas de Ecopetrol que con su valiosa donación han hecho posible en gran parte, la construcción de este magnífico edificio adecuado a nuestras necesidades e intereses.

Nuestro reconocimiento a la Federación Nacional de Cafeteros por su generosa contribución al donar una espléndida cafetería.

Agradecemos también a los doctores, Hugo Londoño, Carlos Agudelo, Jaime Valencia, Fabio Restrepo y Oscar Osorio, por su aporte inteligente en la planeación y dirección de nuestra facultad.

Encuentro propicia la ocasión para hablar de algunos hechos que muestran la historia de esta joven profesión en Medellín.

En el año de 1945, la Señora Cecilia Echavarría de Restrepo fundó la Escuela de Servicio Social; en 1955 se incorporó a la Universidad Pontificia Bolivariana mediante resolución del Honorable Consejo Directivo según Acta N° 134; en 1960 la Asociación Colombiana de Universidades y el Fondo Universitario Nacional, aprobaron su pénsum de cuatro años de estudio, la elevaron a Facultad Universitaria, autorizándola para otorgar la Licenciatura y la recomendaron como Plantel Piloto.

Desde 1951 la Facultad ha recibido asistencia técnica de trabajadores sociales norteamericanos quienes han contribuido a la planeación, estructuración y afirmación de las técnicas de trabajo social. Hoy la Facultad es un instituto miembro de la Asociación Internacional de Escuelas de Servicio Social, donde se im-



parte instrucción teórica y entrenamiento práctico debidamente supervisado, a futuros trabajadores sociales, quienes deberán cumplir una labor constructiva en el campo del bienestar social del país. Los estudios duran cuatro años y al finalizar éstos, los alumnos presentan una tesis de grado basada en el estudio y análisis de un problema social fundamentado en una investigación.

Su p<sup>é</sup>ns<sup>u</sup>m contiene formación teológica y filosófica, estudio del hombre y de la sociedad, información jurídica y económica, materias específicas de trabajo social y materias complementarias.

Durante los cuatro años, los estudiantes tienen una práctica supervisada por profesionales experimentados en trabajo social; a través del proceso educativo de la supervisión, los alumnos forman y enriquecen su personalidad, conocen y se familiarizan con la realidad social y los problemas, aprenden a integrar la teoría a la práctica y prestan un servicio a la comunidad.

La Facultad tiene 104 estudiantes, 20 profesores, y 18 supervisores. Trabajan en la dirección 5 miembros quienes forman el Consejo Consultivo para atender la marcha de la Facultad y su orientación técnica. Actualmente uno de sus miembros, cursa estudios de post-graduados en la Universidad de Fordham. El entrenamiento práctico se realiza en 6 agencias de trabajo social. Han egresado hasta el presente, 159 trabajadores sociales, de los cuales 104 son graduados; 97 ejercen la profesión en distintas ciudades del país en campos como la industria, organizaciones de vivienda, servicio social escolar, médico social, familiar, infantil, docencia en servicio social, con trabajadores del Estado y programas de asistencia pública.

En la gestación y desarrollo de la Facultad han intervenido muchos, pero debo hacer público reconocimiento a las siguientes personas: Señora Cecilia Echevarría de Restrepo quien con mucha visión fundó la Escuela de Servicio Social, superó dificultades con decisión y trabajó en ella hasta entregarla en manos de la Señorita Luisa Arguinzóniz. A la memoria del Dr. Emilio Robledo quien como presidente de la Junta Directiva, sirvió a la Escuela con generosidad, sabiduría y prudencia. A la Señorita Luisa Arguinzóniz que entregó a la Facultad lo mejor de su espíritu y personalidad; gestionó con éxito la traída de técnicos para mantener al día la profesión, ayudó a las egresadas a hacer cursos en el exterior, se le confió una escuela pequeña y la entregó Facultad, la primera de nivel universitario en el país. A Monseñor Félix Henao Botero, quien trabajó por la incorporación de la Escuela a la Universidad, por su erección a Facultad y por el derecho a otorgar Licenciatura en Servicio Social. Desde los primeros contactos con la Universidad, hemos recibido su estímulo constante y eficaz colaboración para ayudarnos a cumplir las tareas docentes que se nos han confiado. A la Señorita Marta Ospina, vinculada a la Facultad desde los primeros años; con su trabajo asiduo hizo posible que las etapas de crecimiento y desarrollo se realizaran sobre bases sólidas; su contribución ha sido especialmente meritoria en los aspectos de estructuración y programas. Gracias a los fundamentos sólidos aportados por las personas anteriormente mencionadas podemos seguir adelante. No es posible en esta ocasión analizar la labor de todos los vinculados al desarrollo de la facultad como profesores, jefes de estudio y práctica, supervisores, coordinadores, egresados y estudiantes, su aporte valioso ha sido y será definitivo en la tarea que nos empeñamos para estar acordes con las exigencias de la época.

El servicio social es hoy una profesión internacionalmente reconocida, que ha adquirido progresiva trascendencia en el mundo y de ahí que exija a los profesionales encargados de ejercerla, una capacitación mejor cada día. Posee fun-

damentos científicos, fines y objetivos propios, un campo de acción delimitada, métodos específicos de trabajo y una estructuración sistemática. Su objetivo central es el hombre, su fundamento esencial la dignidad del ser humano; por eso los estudios están orientados hacia el conocimiento de sus aspectos filosóficos, espirituales y sociales en sus diferentes etapas de desarrollo.

El trabajador social procura el bienestar de los seres humanos, propiciando un nivel de vida sano y un crecimiento personal y social armónico, mediante experiencias y relaciones satisfactorias. Manejar los desajustes causados por los problemas personales y trastornos sociales, eliminar los obstáculos que se oponen a su crecimiento, favorecer el libre juego de sus potencialidades, desarrollar la capacidad para organizar la propia vida, trabajar en la interdependencia del hombre con su medio ambiente en busca del mejor funcionamiento social, ayudar a las personas, grupos y comunidades a ajustarse a los diferentes cambios sociales, son finalidades básicas del trabajo social. Para la realización de estos objetivos, se emplean medios específicos de trabajo a través de sus métodos de caso, grupo y organización de la comunidad, llevados a cabo mediante una relación profesional para fines de tratamiento social, en donde se combina la acción dinámica mutua entre el trabajador social y la persona, grupo o comunidad.

Los profesionales en servicio social se preparan científicamente para afrontar los problemas humanos y sociales comunes hoy al rápido aumento de población. En todo el mundo los jóvenes de ambos sexos se vinculan a la profesión y son elementos de importancia en la estructuración y desarrollo social de sus países.

Hay una serie de campos en el servicio social en donde los jóvenes del sexo masculino pueden desarrollar a cabalidad su conciencia profesional y social. Ellos son: las zonas rurales abandonadas, la delincuencia juvenil, los departamentos de bienestar social en las industrias con sus ramas especializadas de relaciones humanas, los programas de desarrollo y organización de la comunidad, la recreación en los barrios, la administración de la asistencia pública, la participación en la planeación estatal y privada en sus aspectos humanos y sociales, los servicios sociales escolares y universitarios, programas con las fuerzas armadas y muchos más. En 1965, aspiramos realizar un programa para hombres con orientación específica hacia programas administrativos de bienestar social y programas de desarrollo y organización de la comunidad.

Con la inauguración de la Facultad, iniciamos una nueva etapa colmada de responsabilidades en la hora actual. Solicitamos la ayuda de Dios a quien hacemos entrega de esta casa, sus habitantes y sus obras, e invitamos a toda la Universidad a trabajar unidos en esta hora decisiva de transformación social.

---